

Mirabel, se ha instalado una sala de troteos de caza mayor, logrados por su antecesor el Duque de Arión; que por su número e instalación es un verdadero y valioso museo.

En materia de música anotamos la intervención, con éxito, de los Coros Chilenos Universitarios, en el salón de la Casa Sindical de Cáceres; el concierto de violín y piano en el paraninfo del Instituto de Enseñanza Media de Badajoz, a cargo de los artistas pacenses Miguel Philippe Candela y Jean Claude Ambrosini; y el triunfo obtenido en el XIII Concurso Nacional de Canciones y Danzas, de la Sección Femenina, pues Cáceres ha obtenido el tercer puesto entre todos los grupos de España que concurren.

Por el Sr. Gobernador Civil, D. Licio de la Fuente, se ha promovido la iniciativa de crear en el Museo Provincial una «Sala de la Conquista», donde se expusieran cuadros, esculturas, mitos y objetos referentes a la gesta de los extremeños en América. Se han comenzado las gestiones y Dios quiera que se cierren con éxito.

RECOMPENSAS Y DISTINCIONES

Al Museo Provincial de Cáceres, del que es director el Sr. Conde de Canilleiros, y conservador don Carlos Callejo, ha obtenido «Diploma de Honor» en la I Exposición Hispano-americana de nu-

mismática y medallística, celebrada en el Salón de Tinell, de Barcelona; ratificando así la importancia de nuestro Museo al parecer una valiosísima colección monetaria, que ha sido catalogada y presentada perfectamente por el Sr. Callejo.

A nuestro colaborador D. Antonio Rodríguez - Moñino, se le ha designado miembro de honor de la «American Association of Teachers of Spain» (Asociación de Catedráticos de Español), y por ello le enviamos nuestra enhorabuena a quien ya es miembro de número de «The Hispanic Society of América», lo que demuestra el alto precio en que se tiene a nuestro ilustre paisano en Norteamérica.

En el concurso abierto por la Junta Provincial de Turismo, obtuvo el 1.º premio de 5.000 pesetas, don Antonio Agúndez; el 1.º accésit de 2.000 pesetas don Alfonso Martínez Garrido; el 2.º accésit de 1.500 pesetas, don Narciso Sánchez Morales, y dos menciones honoríficas a los trabajos de D. Juan Pablos Abril y de D. Valeriano Gutiérrez Macías, dados sus méritos, aunque no se ajustaban a las bases. A todos nuestra felicitación.

D. Juan Díaz Moreno y D. Manuel Rosado García Martín, han sido galardonados por sus servicios al S. E. U. con «Véctor de plata y de bronce» respectivamente. Enhorabuena.

CURIO O'XILLO

RECENSIONES

VALOR SOCIAL Y EDUCATIVO DE CINE, PRENSA Y RADIO, por Narciso Puig Megías, Cáceres, 1958.

Aunque se dan señalados y brillantes casos, no es lo corriente que un periodista se dedique a escribir ensayos. Dentro del ancho campo de la Literatura, ambas actividades están lo más distanciadas que se pueda concebir, en los dos extremos de la gama, podríamos decir; pues aunque el ensayista o el filósofo por un lado y el periodista por otro, coincidan en expresar su pensamiento en público por medio de la pluma, las condiciones de trabajo en uno y otro son antagónicas y por ello lo son también las cualidades exigibles al sujeto. El uno es, por necesidad de su oficio ligero, polifacético, rápido y bullicioso. El otro premioso, profundo y unidireccional. Este trabaja en la calma de su despacho, mejor acaso estaría decir en su laboratorio, donde las ideas hallan el ambiente de paz necesario a su laboriosa cristalización. Aquél, por el contrario escribe con frecuencia en medio de la calle, sobre un carnet de notas o en el mejor de los casos en un café o entre las salas de redacción, oyendo conversaciones, ruidos y chistes. Quien ha visto por ejemplo al propio Narciso Puig, autor de este ensayo de que estamos hablando, pergeñar en tres minutos un atinado y jugoso comentario sobre una máquina ultraportátil, mientras a su alrededor charlábamos, reíamos o discutíamos a voz en cuello sus compañeros de tertulia, no puede menos que manifestarse asombrado ante un trabajo tan juicioso, tan meditado y sobre todo, tan magistralmente explicado como es este folleto en que se recoge, perdurablemente fijada por la imprenta, la interesante conferencia que el autor pronunció en 1957 y en la acreditada «Cátedra Pío XII» de Cáceres, acerca del tema del valor social y educativo del Cine, la Prensa y la Radio, las tres trompetas de la Fama en nuestro tiempo. A la que pudiera añadirse en España ya

con pleno motivo la Televisión, híbrido del cine y de la radio y con poder de difusión que duplica el de sus padres.

Tal vez hallaremos la explicación del hecho que hemos señalado y que nos extraña en la circunstancia de que Puig Megías, además de periodista es profesor, y la costumbre de la cátedra ha imbuido en él la serenidad mental suficiente para poder escribir un ensayo tan cabal, documentado, y sobre todo, ordenado y claro. Por este último concepto fallan una gran cantidad de libros, incluso técnicos y científicos, de los que se publican en España y en otros países —como en Norte y Suramérica—, en que sobresale el mismo defecto. Hay un vasto conocimiento del asunto, pero no se acierta en la manera de explicarlo a los demás, haciéndolo de una forma embarullada e inconexa. Falta el método en la exposición, el ritmo imprescindible al lector para que las ideas vayan gradualmente ocupando su mente: falta la admirable claridad, por ejemplo, del libro francés. Y esto vale para cualquier obra educativa, desde el campo de la filosofía, la política o la economía, hasta en las más abstrusas especialidades de la técnica.

Narciso Puig Megías, expuso, pues, en su luminosa conferencia una lección, ante todo bien explicada. Y como versaba sobre su propio tema profesional, la lección resultó útil y eficaz, tanto a sus oyentes en el momento de ser pronunciada como ahora a sus lectores, al alcanzar aquella la plasticidad gráfica.

Comenzando por definir la palabra como don humano por excelencia, el conferenciante expresa sus puntos de vista sobre su valoración como medio de comunicar el pensamiento al prójimo, sobre todo cuando lo hace de un modo colectivo mediante los instrumentos técnicos que menciona el título: la Prensa, el Cine y la Radio. Estudia la enorme influencia que estos medios tienen hoy en día en lo social y en lo educativo, influencia que a veces o casi siempre supera a las primeras siembras

culturales de la escuela y la universidad y que se ejerce en multitud de grados: como lección de costumbres, como documentación de ambientes, como exposición de ideas y como escuela de ejemplos. Y esta influencia se realiza de un modo no previsto o por lo menos no propuesto, aunque tales voceros se dediquen sólo a informar y a satisfacer la curiosidad del público, pues como dice con brillante frase el autor, todo lo que informa, forma; esto es: educa.

La conclusión de todo ello es la necesidad imperiosa, imprescindible que la Sociedad tiene de controlar y encauzar tan eficaces instrumentos, usando de ellos para los fines propios y correctos que en pura filosofía le corresponden, sin lo cual se encontraría en el caso del que posee maravillosas armas que, por ignorancia de su manejo, utiliza contra sí mismo, acarreado una autodestrucción.

Las cuarenta páginas del epitome —editado por los Servicios Culturales de la Diputación de Cáceres— están llenas de atinadísimas observaciones que enriquecen varias notas de pie de página, correspondientes sin duda a frases que no fueron pronunciadas, pero que destacan aun más la personalidad del autor.

—o—

LOS ARGONAUTAS QUE VUELVEN.

Cantos a España en España, por Manuel José Arce y Valladares. San Salvador (República de El Salvador.) 1957.

Esta cotidiana labor de recensión, con frecuencia árida y monótona, a veces presenta excepcionales atractivos, tantos, que el Juez ha de hacer verdaderos esfuerzos para refrenar el entusiasmo del lector, al revés y como compensación a lo que ocurre con otros libros, en que este último ha de ser espoleado y llamado a estímulo por el primero. En el caso del presente libro y para ser probos con el oficio que en este momento profesamos, tal vez habríamos de declararlos incompetentes, inhibirnos de la tarea de hacer una disección fría sobre una obra que nos agrada demasiado para que nuestro juicio sea, como de precepto, químicamente puro. Hallen si quieren, los lectores en estas columnas, no una crítica imparcial, sino el comentario apasionado a un libro que nos apasiona.

El *argonauta* que firma este volumen ha protagonizado antes un detenido y fervoroso viaje a la Madre Patria. Es un Diez del Castillo, un Pedro de Alvarado (mas bien esto último si es suya la efigie

que inicia las bellas ilustraciones a pluma) que regresa a España después de cuatro siglos de vida profunda en América, de vida intensa, poligenética, abrazada a la noble raza aborigen y con ella fundido. Si a veces, a lo largo de nuestras lecturas, encontramos exabrupto antiespañol en las letras indianas, ello viene sobradamente compensado con estos himnos admirables que a veces dedican algunos juglares de América a la Hispanidad, que no es precisamente una nación, ni siquiera una raza o un trozo de Historia disecado y encerrado en una vitrina cronológica como algunos creen, sino algo que no tiene límite en el espacio ni en el tiempo, algo que está perpetuamente vivo y que se eterniza, algo que no se puede encuadrar sino en los límites que lo concretan en una unidad, o mejor, en un universo de destino histórico. Los exabruptos producen realmente más amargura que indignación; los himnos llenan a la Madre Patria de un legítimo y santo orgullo. Así reacciona siempre ante el descarrío o el triunfo final de los hijos predilectos. Triste y hondo suspiro ante el pródigo, emocionado abrazo para el fiel.

Sentimos—y el lector perdonará esta gota de matiz personal—no haber conocido y acompañado a Manuel José Arce durante su estancia en Cáceres, cuyo ambiente sabe tan magistralmente captar y cantar en dos de sus mejores poemas.

Vasto armorial petrificado. Páginas a martillo y cincel. En los portales blasones constelados de cuarteles entre la profusión de sus follajes.

Hubiera para nosotros sido muy hermoso hablar con un caballero americano y trovador sutil, casi como hablar en una evocación ancestral con alguno de los héroes de las *jornadas* de Centroamérica en el siglo dorado. Nos consuela saber que estuvo bien acompañado, mejor sin duda que por nosotros, por otro poeta y caballero de perfil grequista y grave voz de hidalgo: José Canal.

Los *argonautas que vuelven* es un libro regio por dentro y por fuera, por alto y por bajo, lo que se dice una joya de biblioteca. Primorosamente editado por el Ministerio de Cultura de El Salvador, bellamente ilustrado con regia pluma por el propio autor y repleto de poesía noble, sonante y briosa como un acero toledano. Camón Aznar dice en el prólogo que los versos «aparecen modelados por un contenido impetuoso y su cadencia se

adapta a la curva del entusiasmo». Nosotros no lo podríamos decir mejor ni más exactamente y no lo intentamos siquiera.

Arce y Valladares se ha recorrido España piedra a piedra; no la España turística, sin duda llena de atractivos, sino más propiamente, la España eterna, la España-madre. En cada región ha dejado un trozo de su alma. Sevilla se llama una de sus novias y otra Barcelona. Aprende el gallego en Santiago para cantar en la lengua de Rosalía la saudade céltica; se emborracha de color en Valencia, de mística en Avila, de férrea etnología en Vizcaya. Vive el embrujo del Albaicín, la nobleza de Aragón y la bohemia de Madrid.

Bebe, en fin, en Extremadura, el vino vital de los conquistadores y esta libación materializa en su fantasía un espléndido poema dedicado a Badajoz y otros dos a Cáceres, un trozo de cuya provincia creemos también identificar en la composición titulada *Castillo abandonado* donde parece haber dado cita, para cantar la melancolía de las ruinas, a Bécquer, Machado y Nervo.

«ALCANTARA», esta revista que no es solo papel, sino también piedra monumental, caballería preclara y cruz flordeada, ha de corresponder al saludo que en este libro se le dedica, delineando su nombre con armonioso trazo sobre el papel impoluto, por medio de un modesto comentarista que, por esta vez, ha dejado de lado el escalpelo para tomar la espada y saludar con ella a un caballero que desde la otra orilla del Atlántico complementa a su vez con su tizona el arco tenso del Amor y de la Historia.

—o—

CANCIONERO DE ANZUR (Versos de sinceridad) por Juan Soca. Córdoba, 1957.

Desde la primera página del magnífico y noble autoprólogo con que se abre *Cancionero de Anzur* al lector, éste simpatiza con el poeta, no sólo porque queda prendado de su sencillo decir, sino porque esta corta pieza en prosa podría ser un resumen crítico, magistralmente captado, del panorama poético actual. Panorama francamente desolador, pues por primera vez en la historia de nuestra Literatura, el público está totalmente disociado de lo que con el nombre de poesía se escribe y se publica, hasta el punto de que, como acertadamente nota el autor, ya ni los periódicos ni las revistas publican versos. El público, elemento esencial en el proceso ar-

tístico, podríamos llamarle coprotagonista del mismo, es para ciertos estetas de nuestra época una bestia amorfa de quien no vale la pena acordarse. La sedicente poesía se refugia en las paginillas de las revistas *profesionales*; donde únicamente es leída —a lo menos oficialmente— por los mismos profesionales, en un cíclico *do ut des* o un vulgar *me lees: te leo* recíproco y bilateral, como una partida de ajedrez. Consecuentemente, el público rechaza con aburrimiento las tiradas de logogrifos y los renglones de inconexa palabrería cortada aquí y allá sin orden ni concierto que le podrían brindar las columnas de los periódicos. Cuando a ese público (un público que no hay que confundir con el populacho, con la plebe zafia; un público que está formado por abogados, médicos, catedráticos, maestros, artistas y demás personas de espíritu cultivado) se le anuncian versos, la primera pregunta que el anuncio le sugiere es ésta: «Pero ¿versos de verdad, o de los otros?...»

Los versos de Juan Soca, lector amable, son versos *de verdad*. Puedes, pues, leerlos con agrado, recrearte en su belleza, asimilándote al alma del autor que ha sabido transvasar a la tuya el tesoro de sus sensaciones líricas con rara maestría en una identificación, en una simbiosis momentánea si queremos, pero perfecta y completa.

Sinceridad, sí. Pero hay muchas maneras de ser sincero: con brutalidad o con cortesía, con gracia o sin ella, con arte o con torpeza. Ved la sinceridad de Juan Soca:

De soñar que era de fuego
tengo los ojos quemados.
De sentir junto a la nieve
tengo el corazón helado.
De escalar todas las cumbres
tengo los pies lacerados.
Mi afán... ¡quien le llama afán!
es flor que se ha malogrado,
estrella que se ha escondido,
camino que se ha borrado...

Cancionero de Anzur tiene el valor de una antología o de una *Opera omnia*, pues en él se han recogido otras obras publicadas por el autor. Esto le hace denso de contenido—unas 120 composiciones—y si ello no perjudica, naturalmente, a la calidad que la lectura puede brindar, acaso perjudica a la presentación. De todas formas por cualquier página que se abra el libro, el lector tiene asegurado un goce artístico profundo, sobrio

y áureo, con el dorado tinte que caracteriza la estilística de la Córdoba inmortal.

—o—

ARTES Y PUEBLOS PRIMITIVOS DE LA ALTA EXTREMADURA. por M. Sayáns Castaños. Plasencia, 1957.

Con agrado e interés sumo recibirán este bien presentado volumen cuantos extremeños se interesen por la inquietante y hermosa ciencia de la Prehistoria, disciplina y arte siempre inacabado como la célebre pieza de Schubert, abierto perpetuamente a discusión y estudio, porque son raras por no decir ninguna las hipótesis que en tan oscura investigación han recibido la sanción definitiva e indiscutible de la certeza.

Después de un prólogo del académico y escritor J. Camón Aznar y un proemio del autor en que de una u otra forma expresa el alcance y el contenido de su libro, entramos en los doce capítulos que éste comprende, algunos de los cuales han sido anticipados ya en revistas y periódicos, costumbre poco recomendable, porque mata parcialmente en el libro definitivo el interés de la novedad.

Con loable honradez científica el autor comienza su estudio en el Neolítico, pasando por alto el Paleolítico, del cual no tenemos realmente en esta zona ningún yacimiento indubitable. Los capítulos más valiosos por ser los que estudian la cuestión más a fondo, son los relativos al petroglifo del Puerto del Gamó—que ya conocen los lectores de «Alcántara»—y a las famosas y discutidas piedras sepulcrales anterromanas, de las que el Museo de Cáceres posee un lote impar, así como el que estndia el Castro de Villavieja, acompañado de un buen plano del mismo y finalmente el dedicado al templo romano de Jarilla que es asombroso haya permanecido hasta el presente inédito. Otros temas están menos concretamente tratados, pero destaca el capítulo titulado «El romano» por las nuevas aportaciones epigráficas que inserta.

En todos estos estudios se advierte el entusiasmo del autor por la arqueología en su doble aspecto, descriptivo y comentativo, lo mismo que el afanoso trabajo de que son fruto. Surgen en muchos sitios ingeniosas explicaciones, acaso no todas muy razonables, pero que, como aportaciones originales son de estimar y no está excluido que alguna de ellas sea aceptada por los eruditos, pasando a integrar el acervo de lo indudable, pequeño aun, como hemos insinuado antes, en

tan movediza ciencia. Acompañan al texto, enriqueciéndolo y completando su valor didáctico, profusión de fotografías, gráficos y mapas, aunque algunos adolecen de poca exactitud, como la carta comarcal que se incluye al fin y el dibujo de la piedra de Torrejón III, más geométrico que fidedigno. Sin embargo, con este dibujo grabado en seco, se ha compuesto un bello motivo alegórico para la portada.

Hemos hablado hasta ahora, con la alabanza que merece, de la parte positiva de este trabajo; hay que decir también algo sobre las objeciones que es imprescindible hacerle.

El título — clara paráfrasis del de la obra *Las artes y los pueblos de la España primitiva*, de José Camón Aznar—, es una de las principales. Un libro imaginativo puede rotularse de cualquier manera, pues en él el título es sólo eso: un rótulo que cumple la única misión de diferenciar la obra. En los trabajos científicos, el título es eminentemente explicativo y no debe prestarse a confusiones. Por *Alta Extremadura*, tanto en los tratados geográficos como en el habla corriente, se entiende la porción de Submeseta ibérica que entra en los límites extremeños. Esta submeseta se extiende para nosotros entre el gran escalón Gredos-Gata y el que forma en nuestra región la cordillera Oretana (Montes de Guadalupe, Montánchez y San Pedro). Es decir, la Alta Extremadura coincide casi exactamente con la provincia de Cáceres. El Dr. Sayáns concreta en el prólogo la zona de sus investigaciones fijándola en los tres valles de los ríos Jerte, Tiétar y Alagón; y efectivamente, no se alude en todo el texto a estaciones ubicadas fuera de este perímetro (salvo al hablar de la piedra de Torrejón) y aun para los dos valles últimamente citados está el campo circunscrito a una sola de las dos riveras, con lo que, en definitiva, dicho campo se reduce prácticamente a la comarca de la que Plasencia es capital. Teniendo en cuenta que en uno de los capítulos se habla de las estelas grabadas, que nada tienen que ver geográfica ni arqueológicamente con esta marca y que el mapa inserto al final está deformado en el sentido de exagerar la extensión de la misma, se comprende la confusión que todo esto ha de suponer para quien no conozca muy bien nuestra provincia, que cree totalmente comprendida en este libro, cuando en él no se estudia sino una pequeña parte de la misma.

También hay que señalar como defecto la voluntaria ignorancia de trabajos llevados a cabo por otros investigadores en la misma zona. El libro no es una relación personal de hallazgos, sino que aspira, por su empaque y por su título, a mostrar el estado actual de la cuestión arqueológica en el país. Por tanto, la omisión de datos, sólo puede originar perjuicios al lector estudioso que no tiene por qué estar al corriente de rivalidades y emulaciones locales.

Hay muchas apreciaciones del autor con las que no concordamos, pero no hemos de reflejar tal discrepancia en estas columnas a las que no quisiéramos traer preocupaciones de escuela sino un ponderado afán de calibración de los valores expresivos y didácticos de cada obra.

Con todo lo dicho, hemos de considerar este libro como estimable, pues positivamente, es preferible hallar materiales de estudio de alguna manera tratados, aunque en su sistematización no nos guste, que encontrarse sin ellas y haberlos de buscar uno a uno sobre el terreno. En tal sentido hay que agradecer al autor la publicación de este tomo que reputamos de gran utilidad y ocupando honrosamente un lugar en las todavía no muy nutridas estanterías de la arqueología regional.

—o—

A BORDO DE UN TELEFONO (Novela), por Cástulo Carrasco. El Club de la Sonrisa. Editorial Taurus. Madrid, 1958.

La novela policíaca — libro de caballerías del siglo XX — ha proliferado hoy en todo el mundo con una intensidad sólo comparable a las multiplicaciones fabulosas de la naturaleza, insectos o infusorios. Miles de obras se escriben anualmente en todos los países, disfrazados los nombres de los autores con apellidos ingleses, pues el público universal siente una repugnancia invencible hacia el autor policíaco que se llama Roselli, Dupont o García. Millones de volúmenes inundan cada año librerías y kioscos y son devorados ávidamente por otros tantos lectores, ganosos de escapar por unas horas a sus problemas propios para enfrascarse en los que le plantea el libro. Varias veces se ha pronosticado el fin de la literatura policial, pero ésta renace victoriosamente de sus propias cenizas. Otro tanto pasaba en los siglos XV y XVI con los mencionados libros de caballerías hasta que una novela humorístico-caba-

llesca, el *Quijote* los barrió de las prensas editoriales y del gusto universal. ¿Pasará ahora algo parecido y será un libro humorístico-policíaco el que dé fin y remate a la profusa literatura detectivesca? Algunos autores han ensayado este género mixto y uno de ellos es nuestro antiguo colaborador Cástulo Carrasco, hoy radicado en Madrid, el cual, por las características de su estilo, que muchos lectores recordarán, parece especialmente dotado para acordar estos dos campos novelísticos tan dispares. Naturalmente, al hablar del humorismo como fenómeno distanciado de lo policíaco, no me refiero al simple gracejo estilístico que se limita a impregnar la forma literaria, pues éste se encuentra muchas veces en las mejores novelas detectivescas, sino del humorismo *esencial*, de la visión satírica que caracteriza o constituye el propio argumento de la obra en cuestión. Congeniar esta jocosidad argumental con la técnica peculiar de la novela policíaca es lo difícil. Esta última es por naturaleza seria, todo lo serio que puede ser un crimen; la otra es por naturaleza cómica. El relato policial debe ser profundo y de acción rápida, el cuento humorístico requiere frivolidad y acción lenta, única forma de que el lector pueda saborear la intención sarcástica.

Cástulo Carrasco en *A bordo de un teléfono* ha logrado realizar el maridaje cuya dificultad acabamos de ponderar. Pero no sólo ha vencido este obstáculo, sino otro quizás mayor. El de dar a su narración más de cuatro visos de originalidad rabiosa, en un género en que prácticamente hoy es imposible imaginar nada nuevo. Una víctima, por ejemplo, que anuncia su muerte por teléfono es tema ya visto cien veces, pero no cuando el teléfono está desconectado o viaja debajo del brazo del protagonista. El final es también raramente ingenioso. La clásica reunión de sospechosos se plasma aquí en una fotografía de varios individuos que todos llevan el mismo nombre de pila. El asesino está en la fotografía y sin embargo no está. Curioso rompecabezas para el lector veterano en estos achaques a quien tal desenlace sorprende y hace reír a un tiempo.

A bordo de un teléfono, hace el número 46 de la acreditada colección «El Club de la Sonrisa» y no es la primera novela de este tipo que publica Carrasco. El año pasado en la conocida serie *Nova Navis* de Aguilar sacó a la luz «¿Y el último crimen?», relato de parecidas trazas al que

comentamos y que ha despertado curiosidad en algunas empresas extranjeras que han solicitado su traducción. O mucho nos equivocamos o hemos de ver frutos todavía más sazonados de la minerva del amigo Carrasco que tan buen recuerdo dejó entre nosotros durante los años en que compartió las tareas y afanes literarios de nuestra ciudad.

—o—

REBATE ARQUEOLÓGICO EN TORNO A UN VERRACO PROTOHISTÓRICO, por Antonio Sánchez Paredes. Plasencia, 1958.

Este folleto de 52 páginas e ilustrado con fotografías y reproducciones en fotogravado, es de orden exclusivamente polémico y su texto se dedica a puntualizar si ciertos restos prehistóricos descubiertos por el autor son o no los mismos que los de análoga clase mencionados por otro investigador placentino.

Hemos de remitirnos a lo que dijimos al comentar, precisamente, una obra de este último: *Artes y Pueblos primitivos de la Alta Extremadura*. Al lector le interesan poco estas polémicas y en cambio le perjudican las ocultaciones de datos, nombres, etc. Hubiera sido mejor, a nuestro limitado entender, que ambos arqueólogos hubieran publicado sus respectivos hallazgos, comunicando toda suerte de detalles físicos sobre los mismos e insertando claras fotografías y dibujos. De este modo, no sólo habría salido a la evidencia quien estaba en la razón, sino que la Prehistoria extremeña se hubiera enriquecido con nuevos datos, científicamente descritos y catalogados. Esperamos no tarde en hacerlo así arqueólogo tan competente y activo como el Sr. Sánchez Paredes, en honor de cuya eficacia y seriedad hemos estampado otras veces, elogios que la presente obra no nos puede inspirar.

OMAR EL ZEGRI

LA CUARTA ESTRELLA. Novela, por Carlos Callejo Serrano. Editorial Aguilar, colección *Nova Navis*. Madrid, 1958.

La acreditada Colección *Nova Navis* de Aguilar ha insertado en el tomo IX de la serie y junto a otros dos trabajos («La mosca Esperancita» de Julio Penedo y «Cuentos amazónicos», de H. del Aguilar) la novela cuyo título encabeza estas

líneas y de la que es autor nuestro conocido colaborador y escritor polifacético Carlos Callejo.

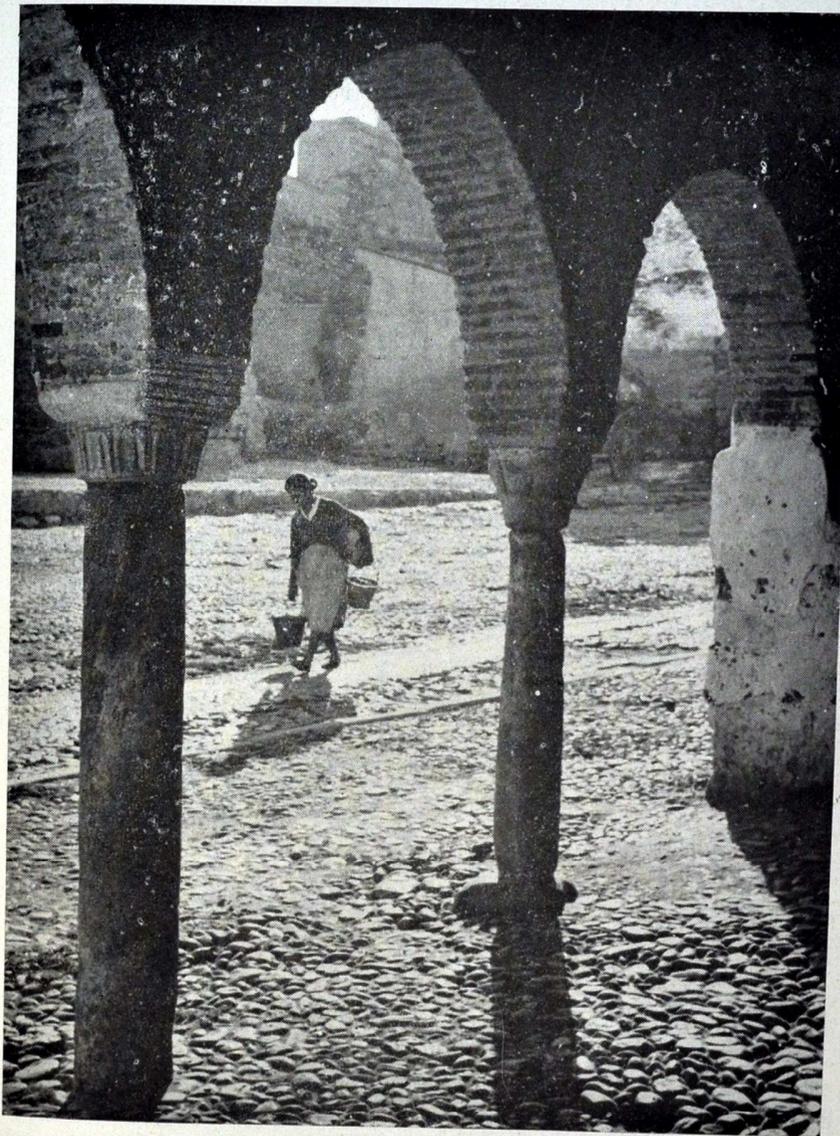
El hombre, que se afana por crearse una situación en virtud de la cual pueda respirar tranquilo, sentirse seguro, tener un puesto fijo, una casita o un piso de su propiedad donde clavar las raíces, apenas siente que ha conseguido todo eso, se echa a viajar. Si no puede físicamente, porque su situación, sus deberes o su bolsillo no se lo permiten, con la imaginación. Y, remontándose sobre el paisaje geográfico que le rodea, sin reparar en él, porque por cercano le es inapreciado, salta kilómetros que se cuentan por miles. Y se sitúa, cuando puede, allá donde las costumbres, los modos y el lenguaje que habla y entiende le son totalmente ajenos.

Algunos, cuya fantasía hierve a borbotones, se montan sobre la carta geográfica y comienzan a soñar, a vivir otra vida. Y deseosos de crear algo, se plantan ante la virginidad de una cuartilla para, sobre su blanca superficie, ir poniendo en pie los monigotes de su ensueño. Así el escritor. Pero cuando lo que comienza a vivir en su imaginación tiene tal fuerza o está tan ligado al espíritu de quien crea, éste se esfuerza por eclipsarse y deja que el personaje de su ensoñación se ponga por delante. Y escribe en primera persona.

He aquí, a grandes rasgos, como imagino a Carlos Callejo al sentarse para dar comienzo a *La cuarta estrella*, novela que acaba de ser publicada, en la ya copiosa lista de títulos que alinea la Colección *Nova Navis*, por la Editorial Aguilar.

Callejo, adentrándose por la geografía, tanto real como imaginaria, de *Las mil y una noches* y aun yendo más allá—o, situados en esta punta de Occidente, cabría decir más acá—, ha hecho recorrer a algunos personajes—él en primer término—muchas y muy variadas, ricas, sorprendentes y estupendas aventuras.

Un camafeo es la causa. El camafeo que pende de un collar de una princesa provenzal hiciera palidecer sobre su pecho, y que Omar el Zegrí—ese nombre tan familiar a los lectores de esta revista—viera cuando, victorioso en unas justas de amor, recibiera con el premio una *rosa de oro*, algo más encendido: la herida de un constante amor por la dama que era reina, por derecho y por belleza, de los juegos: Norma Ysaura, condesa de Provenza, con un palacio en Arlés y otro en



ALBUM EXTREMEÑO: Arcos de estilo mudéjar en la Plaza de San José, de Badajoz. — Foto Olivenza

Aviñón, esa idílica tierra en la que un *gepaysan*, de nombre Federico, estimara oportuno situar a tan dulce criatura como Mireio.

Pero no es sólo Omar el enamorado. También su fraternal amigo, su casi hermano, Ahmed el Kadir, adolece por aquellos ojos. Se preguntará alguien: «Pero esos hombres, que se sienten aguardados por centenares de mujeres en sus harenes, ¿tienen aún capacidad de amor para una extranjera, por bella que sea, conociendo que les resulta inasequible?» Pues sí. Tienen capacidad de amor platónico, puramente espiritual, lo que ellos llaman *amor udri*, del que viene a ser el modelo el autor del *Mantiku-t-Tair* (Lenguaje de los pájaros), Feridu-d-Din Attar, sobre el que se han escrito tantas novelas en árabe y persiano, y que inspiró a Nizami su célebre poema *Machnun y Leila*. Machnun (esto es, loco), extraviado de amor por su prima, va errando por el desierto, donde la busca entre la arena. Y sorprendido un día con un tamizador en las manos, le preguntan:

—¿Qué buscas ahí?

—Busco a Leila.

—¿Esperas tú encontrar así a Leila?

—Una perla tan fina en el polvo?

—Yo busco a Leila por todas partes.

Pero ya estaba loco perdido; es decir, ya había dejado de ser Feridu-d-Din Attar, el poeta, para convertirse en Machnun; tan rematadamente loco, tan perdido de amor, que cuando un día encuentra a la amada ya no la reconoce. Y de amor acaba muriendo. Y ella, que ha visto su pasión contrariada por el mandato de su padre, le sigue pronto a la región donde todo es eterno.

Hay una tierna poesía en los amores de esa pareja, tan célebre como las de Ferhad y Schirin, Chamil y Botsaina, Antara y Abla, comparables, en la literatura oriental, con los de Piramo y Tisbe o Hero y Leandro en la literatura clásica.

Leila, de la que Feridu, antes de perder la razón, había escrito:

No digo que su morada esté al oriente
[te del Nejd;

todo el Nejd es para Amiriya (Leila, de
[la tribu

de los Beni Amir) una morada.

Ella hace una parada cerca de cada
[señal de agua;

y de ella hay un indicio cerca de cada
[campamento abandonado.

Pero son muchos los poetas orientales que así se expresan. Chami, que agrupa

en torno de los amores de José y la mujer de Putifar, en su *Yusuf u Suleika*, toda clase de anécdotas, de manifestaciones afectuosas y de definiciones místicas. Y que, a partir del hadiz «sagrado»: «Yo tengo un tesoro escondido...» expresa la dialéctica sufi de la manifestación y vuelve a encontrar la dialéctica platoniana del amor.

Abenarabi (Mohodin Ibn Arabi), el gran esoterista del siglo XIII, que escudriña en el sentido metafísico del *sama* (audición, música), de donde sale el papel místico e iniciático de la poesía y del concierto espiritual.

Chelalu-d-Din Rumi, el fundador de los mevlevis o derviches danzantes, que escribió numerosos poemas, entre los que destacan *Diván Chemsitebriz* y el célebre *Mesnevi*, que comprende 26.000 dísticos que riman dos a dos.

Y, para no hacer la lista más larga, Omar (otro Omar, como el Zegrí de la novela) Ibn-l-Farid, el «sultán de los enamorados», el más grande poeta místico árabe, autor de Jamriya, elogio del divino amor y de la gnosis.

Sí, pese a que Yahya-r-Razi había dicho que «un instante de amor vale más que setenta años de adoración sin amor», esos hombres son capaces de adorar platónicamente, con *amor udri*.

Y, por ese amor impelidos, Omar el Zegrí y Ahmed el Kadir se lanzan a recorrer miles y miles de leguas, exponiéndose a muchos peligros y a lances inquietantes, por amor a una extranjera. Un amor del que no esperan nada.

Carlos Callejo, como abanderado de la expedición, los ha llevado o los ha traído, puesto que, hasta dar en Barcelona, hacia aquí venían en alas de una mágica prosa para la que se ha asimilado la riqueza de lenguaje lleno de poéticas imágenes, de ampulosa retórica a que los árabes son tan aficionados, con verbales florilegios que hacen enojecer cuando significan halago o hundir en el infierno de la maldición cuando dicen enojo.

Un alarde de desbordada fantasía, a la que sirve de palanca una eficaz dialéctica, hace que quien se propuso que esta novela se viese publicada no tenga nada de que arrepentirse. Y que la ha leído absorbido y hechizado, y así se complace en proclamarlo.

Un triunfo para Carlos Callejo y una muy valiosa escala en la travesía de *Nova Navis*: Que sigue su rumbo.